

P A L A B R A S

leídas por el

DR. JULIO VILLOLDO BERTRAN

en la mañana del 16 de Octubre de 1942,
con motivo de la inauguración del busto
de Enrique José Varona.

LA HABANA

1943

Familiares del doctor Varona:

Señoras y señores:

La tarea que me ha sido encomendada por la Sociedad Colombista Panamericana, iniciadora de los actos públicos que se realizan en conmemoración del IX cincuentenario del Descubrimiento de América, entre los que se destacan la celebración del Primer Congreso de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos del Caribe y la de honrar la memoria de hombres ilustres del Continente Americano, no es la de presentar ante vosotros la figura prócer de Enrique José Varona, cuyo busto en bronce se descubre en la mañana de hoy. Esa magna labor intelectual, ese ingente esfuerzo de la inteligencia, quedan a cargo del Dr. Medardo Vitier, distinguidísimo escritor, erudito conferenciante y elocuente orador que, según hubo de decir el mismo Varona a Francisco González del Valle, ha sido el mejor intérprete de su pensamiento filosófico, afirmación que ha quedado comprobada, de manera concluyente, en las últimas producciones de Vitier sobre la excelsa personalidad de Varona, como literato y pensador.

Afirman muchos autores y aficionados a los estudios históricos - entre los que se encuentra también el doctor Varona -, que el documento es la parte más importante, más esencial para llegar al conocimiento y a la interpretación de la Historia. Lamento disentir de tal afirmación, si se hace en sentido absoluto, pues siendo ésta, es decir, la Historia "la ciencia de los hechos importantes que en su vida progresiva ha realizado la humanidad en cumplimiento de su destino", según definición que leí hace muchos años y que quedó profundamente grabada en mi mente, son los hechos los que hay que exponer, en primer lugar; comprobando después, de ser posible, con el documento escrito - que no siempre se redacta con fidelidad - la certeza de lo acaecido.

Por eso, señoras y señores, ciféndome estrictamente a la realidad, quiero relatar en este día, siquiera sea en síntesis, cómo se originó y qué desenvolvimiento ha tenido en los dieciocho años transcurridos desde la fecha en que se inició el proyecto de erigirle un busto a Varona, hasta el acto que se celebra en esta mañana de gloria, en recuerdo del ilustre prócer cubano.

En el verano de 1898 - año fecundo y pródigo en hechos de gran trascendencia histórica para la independencia de Cuba -, un jovenzuelo que frisaría entonces en los diecisiete años, acostumbraba concurrir por las mañanas, montado en modesta bicicleta, a dar vueltas por uno de los llamados "círculos" en el Parque Central de la ciudad de Nue-

va York, delicioso y apacible lugar de la grandiosa urbe norteamericana. Allí, en aquel mismo sitio, sentado en uno de los numerosos bancos de madera que lo circundan, solía verse solo, completamente solo, a un hombre de edad madura, de espeso bigote entrecano, de aspecto distinguido y señorial, pulcramente vestido de negro, e invariablemente con un libro o periódico en la mano, que a veces dejaba de leer para fijar su mirada de miope en el despreocupado adolescente que osaba perturbar con sus vertiginosas vueltas - sin percatarse de ello -, la soledad del hombre de pensamiento que, huyendo "al mundanal ruido" de la bulliciosa ciudad, buscaba asilo y reposo en la umbría del amplio y tranquilo parque, que tal vez traían a su memoria de triste y solitario emigrado cubano, añoranzas y recuerdos de sus años mozos, en los que, montando briosa cabalgadura criolla, recorría la fértil y soleada campiña camagüeyana.

Años más tarde, en octubre de 1902, ya Cuba libertada de la dominación española, el ciclista del parque neoyorquino y el respetable hombre de letras que allí concurrían, sin conocerse, para ejercitar el uno, el más joven, el deporte; el otro, el de mayor edad, la lectura y la meditación, volvían a toparse, esto es, a encontrarse una vez más en las aulas de la antigua Universidad Pontificia de San Cristóbal de La Habana, centro docente que acababa, cual nuevo Fausto, de ser remozado por trascendentales transformaciones, no sólo en la vetustez de su edificio, trasladado a la colina de la Pirotecnia, sino en sus ar-

caicos y carcomidos programas de enseñanza. El hombre de cátedra, era el Dr. Enrique José Varona, autor, precisamente, en su carácter de Secretario de Instrucción Pública, de las reformas universitarias ya mencionadas, y en aquella fecha profesor universitario; el mozuelo del artefacto deportivo, el expositor de estas palabras, que se matriculaba en su primer curso de Derecho y concurría a la clase del docto Maestro, de los Fundamentos o Filosofía de la Moral; y, en cursos posteriores, a las de Sociología y Psicología. Tres años de casi diaria convivencia con el admirado profesor, engendraron en su juvenil espíritu la amistad, el cariño y la profunda admiración que sintió, a partir de aquella lejana fecha, por el orientador de la juventud, de la conciencia cubana.

Diez años después, en agosto de 1912, acompañado de Carlos de Velasco, Mario Guiral Moreno, José Sixto de Sola, Ricardo Sarabasa y Max Henríquez Ureña, visitaba a Varona en su domicilio de aquella época, sito en un piso alto de la calle de Lealtad, en esta ciudad, con el fin de anunciarle la próxima publicación de Cuba Contemporánea, y solicitar del brillante publicista su consejo y valiosísima cooperación espiritual. La acogida que nos dispensó Varona en esa memorable tarde, fué calurosísima; su concurso intelectual duró lo que la publicación que, más que tribuna nuestra, lo fué suya.

A fines de 1923 o principios de 1924, una nutrida representación del llamado "Grupo Minorista", tocaba a las puertas de Cuba Contemporánea, alojada en aquella fecha en

la casa marcada con el número 52 de la calle de Cuba, hoy 202, y entrevistándose conmigo, que entonces ostentaba el cargo de Jefe de Redacción de la Revista, me decía por boca de José Antonio Fernández de Castro, lo que sigue:

"El grupo en cuyo nombre os hablo, ha concebido el proyecto de erigir un busto en bronce al insigne Manuel Sanguily. ¿Querría usted ser el Tesorero de la Comisión que se organiza para llevar a vías de hecho nuestro proyecto?"

Profundamente conmovido contesté, poco más o menos, en esta forma:

" -- Doy a ustedes, mis queridos y jóvenes amigos, las más expresivas gracias por la distinción y la prueba de confianza de que me haceis objeto. Quiero y admiro a Sanguily, no sólo por su actuación patriótica y literaria, sino porque he sido testigo de su brillante actuación como Director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Acepto, por tanto, el cargo que me ofrecéis, pero con una enmienda o adición.

" -- ¿Cuál es?" - interrogó Fernández de Castro.

" -- Que se le rinda igual homenaje a Enrique José Varona; que se le haga un busto semejante al que va a modelarse en honor de Sanguily -, fué mi respuesta en aquella memorable ocasión.

" -- Aceptado" - exclamó gozoso el grupo de jóvenes visitantes.

Y así fué, señoras y señores, cómo nació la idea, el proyecto de erigirles, en esta ciudad, sendos bustos a San-

guily y Varona, unidos en la gloria, una vez más, por el amor, el respeto y la admiración de sus conciudadanos.

Días después, Juan Marinello, con galana y vibrante pluma, redactó el Manifiesto, cuyos son los párrafos más salientes:

"... Cuando tantos valores han caído al peso de sus responsabilidades superiores a sus fuerzas reales, es un deber, en quienes estén preocupados del mejoramiento colectivo, y convencidos de la necesidad imprescindible de orientaciones morales en las sociedades nuevas, honrar con premio a la altura de sus merecimientos, a los que, consagrando por entero una larga vida a la patria, contribuyeron a su constitución en sus años juveniles, diéronle, una vez constituida, su labor desinteresada y su austeridad ejemplar, y honraronla de modo eminente en todo tiempo, con las producciones de sus inteligencias privilegiadas.

"Sin negar, en modo alguno, méritos relevantes y excepcionales dotes en otros cubanos vivos, no puede ponerse en duda que Manuel Sanguily y Enrique José Varona son, en nuestro medio y a la hora actual, la encarnación viviente de los ideales de la Revolución Cubana: rebeldía perenne contra la opresión y el peculado; respeto nunca desmentido a la Ley de la República; ininterrumpida labor por nuestra completa independencia; y que a esta ejecutoria patriótica intachable, y por nadie puesta en entredicho, se une el alto valor intelectual que los han hecho, durante largos años, objeto de general admiración, no sólo en nuestra República, sino

en tierras extranjeras, en donde más de una vez se ha pensado con respeto en Cuba, al través de la crítica brillante y erudita de Sanguily o de la profundidad del pensamiento filosófico de Varona.

"Por estos méritos, que no necesitan encarecerse con inútiles ditirambos, estiman los que suscriben que es labor de justicia, erigir en lugar público y por pública cuestación, los bustos de Enrique José Varona y Manuel Sanguily, no tanto para expresar amplia y desinteresadamente a su pueblo, el justo reconocimiento de todos, como para recordar de modo tangible a las generaciones que vienen, virtudes insignes que deben imitarse.

"A la justicia del homenaje se une hoy la circunstancia no despreciable, de encontrarse entre nosotros Alejandro Sambugnac, escultor ilustre, que ha puesto de manifiesto a través de una extensa labor, admirables dotes artísticas, en alto grado recomendables para llevar a la práctica el empeño que nos mueve. Con ello se dotaría a La Habana de dos obras que la prestigiarían, redimiéndola, en cierta medida, de los lamentables desaciertos artísticos que son, la mayoría de sus monumentos..."

Este Manifiesto firmado por destacados miembros del ya citado "Grupo Minorista"; por los redactores de la revista Cuba Contemporánea, así como por otras conocidas personalidades cubanas, es el documento que afirma, que prueba, la veracidad de los hechos relatados anteriormente.

Pocas semanas después quedó integrada la Comisión Organizadora, presidida por el Dr. Antonio Sánchez de Bustamante, teniendo como Vicepresidentes de la misma a los Dres. Rafael Montoro y Enrique Hernández Cartaya, actuando de Secretario y Tesorero, respectivamente, los doctores Juan Marinello y Julio Villoldo, y ostentando el cargo de vocales numerosas personas de alta representación intelectual y social, y entre ellas, afortunadamente, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, a quien se debe, por su actuación posterior, el definitivo emplazamiento del busto de Varona, como tendré ocasión de exponer en el curso de esta disertación.

Narrar aquí todas y cada una de las peripecias, por decirlo así, ocurridas durante el lapso de dieciocho años transcurridos desde que se firmó el contrato y se inició - en 1924 - la cuestación pública, hasta la ceremonia definitiva que nos reúne en la brumosa y desapacible mañana de este día, en este lugar, sería tarea, más que larga y enojosa, un tanto ingrata...

Me limitaré a decir, señoras y señores, sin entrar en detalles y pormenores, que el busto de Manuel Sanguily, quedó definitivamente colocado, hace años, en los jardines del Capitolio; que al dejar de reunirse la Comisión Organizadora, antes mencionada, debido a una serie de obstáculos y dificultades creados por la situación política imperante en el país en aquellos trágicos y luctuosos años de 1930-1935, Emilio Roig, miembro de la Comisión, como ya queda dicho, rescató, puedo afirmarlo así, con amoroso empeño, el busto del prócer, depositándolo, bajo su custodia, en el Depar-

tamento de Fomento del Municipio de La Habana, después de fracasar en su tentativa, por motivos que no son del caso recordar, de crear el Rincón Varona, en un parqucito situado a la vera de la Universidad de La Habana. A sus constantes y reiterados esfuerzos y gestiones cerca de las Autoridades municipales y del Ejecutivo Nacional, así como de las entidades culturales, en particular de la Sociedad Colombista Panamericana, siempre patrocinadora de ideales nobles y levantados, y a la cooperación técnica y artística del distinguido escultor Juan José Sicre, se debe que en la fecha de hoy, de alegría y gloria para la urbe habanera y para todos los cubanos, quede permanentemente situado el busto del insigne ciudadano, del excelso Enrique José Varona, que, como tuve oportunidad de apuntar en otra ocasión, "fué poeta, brillante estilista, conferenciante elocuente, educador, publicista, filósofo y, por encima de todo, maestro y orientador de la juventud cubana, que lo reverencia y ve en él su mejor norte y guía".

Interpretando el sentir de los antiguos y disueltos comisionados, hago llegar hasta Emilio Roig de Leuchsenring y sus demás colaboradores la más honda expresión de nuestra gratitud; a la que sin duda se unirá la de los familiares del homenajeado - muchos de ellos aquí presentes -, que ya empezaban a dudar de si este acto de glorificación nacional llegaría a realizarse, habida cuenta de la inexplicable tardanza en darle esplendorosa cima a este home-

naje. Quiero, al propio tiempo, en mi carácter de Tesorero de la extinguida Comisión Organizadora, hacer llegar la muestra de nuestro reconocimiento a todos aquellos que nos ayudaron en el pasado, con su óbolo, o con su cooperación o aporte espiritual o material, y en particular a la Prensa de aquella lejana fecha, que en forma gráfica o impresa, tanto cooperó a la difusión de nuestro noble empeño. Y en esta larga lista de cooperadores, sólo me limitaré a citar por sus nombres a tres personas: a Eusebio Mazquiarán, ya fallecido, ilustre hijo de Manzanillo, quien, con un desinterés sin límites, nos ayudó a recaudar gran parte del dinero de los contribuyentes a la cuestación pública iniciada, sin exigir comisión o retribución de ninguna clase, pese a su precaria, casi angustiosa situación económica en aquella época; a un agente de Aduanas, el Sr. José D. Alvarez que, con su generosa intervención, nos ayudó a rescatar los bustos, casi perdidos en aquella oficina fiscal, por la tardanza o incuria de la Cámara de Representantes, al no aprobar con la premura aconsejable una ley, proveniente del Senado, a iniciativas del Senador Manuel Varona Suárez, pidiendo la exención de derechos aduanales para los expresados bustos; y, por último, al Dr. Carlos Miguel de Céspedes, Secretario de Obras Públicas en aquella oportunidad, quien hizo entrega a los doctores Sánchez de Bustamante, Juan Marinello y al que os habla, de una importante suma de dinero, con la que quedó saldado nuestro adeudo a Sambugnac, esto es, al escultor que, con tanta maestría, modeló los bustos.

Y ahora, Maestro insigne:

Tú que fuiste entre nosotros el Pontífice máximo de la Cultura, cuyo vehículo de transmisión es el Libro, permite que riegue al pie del monumento erigido a tu augusta memoria estas flores espirituales - las materiales aparecen en la ofrenda floral que te ofrece el grupo de Cuba Contemporánea - de otro casi homónimo tuyo, José Enrique Rodó, cumbre también del pensamiento americano, que, al referirse al Libro, lo hace de esta guisa:

"¡Qué inmensa y varia vida, qué inmensa y varia fuerza, en ese mundo de papel liviano, subido sobre el mundo real, como sobre el caballo el jinete.

"Hay el libro movedor de revoluciones; el libro conductor de multitudes; el debelador de tiranías; el evocador y restaurador de cosas muertas; el que publica miserias ignoradas; el que constituye o resucita naciones; el que desentraña recónditos tesoros; el que aventaja fantasmas y melancolías; el que levanta sobre las aras dioses nuevos. Hay el libro que, hundido, como gigante en sopor, bajo el polvo de los siglos, se alza un día a la luz y con el golpe de su pie estremece el mundo. Hay el libro donde está presente el porvenir, la idea de lo que ha de trocarse en vida humana, en movimiento, en color, en piedra. Hay el libro que se transforma a la par de las generaciones, inmortalmente eficaz, mas nunca igual a sí mismo: el libro de que se puede preguntar: "¿Qué sentirán, leyéndolo, los hombres de los

tiempos futuros?", como se puede decir: "¿Qué sentirán, aún no sentido por nosotros, ante una puesta de sol, o ante la sublimidad de la montaña?". Hay un libro cuyo nombre permanece, significativo y arrebatador, como una bandera que ondea en las alturas, cuando ya pocos leen en él otra cosa que el nombre. Hay el que salva un pueblo del olvido, o de ver rota su unidad en el tiempo, o de que le sea quitada su libertad; y el que multiplica, en la red del miserable los peces; y el que apacienta los dulces sueños, gratos al alma del trabajador y a la del príncipe; los sueños: suave, balsámico elemento del que necesita también el orden del mundo.

"Pero aún hay otro género de libros, por el cual lo que ese frágil y maravilloso objeto tiene de instrumento de acción, de energía manifiesta en lo real, obra en los más hondos talleres de la vida; y es el libro modelador de caracteres, artífice de la voluntad, propagador de cierto tipo de hombres, aquel que toma, como un montón de cera una o varias generaciones humanas, y con fuerza plasmante las maneja, entregándolas a las guías del mundo marcadas de su sello invisible y perdurable..."

Y por fin, con el título de Lecturas, agrega Rodó, estos admirables versos:

De la dichosa edad en los albores
Amó a Perrault mi ingenua fantasía,
Mago que en torno de mí sien tendía
Gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
Fué Lamartine mi cariñoso guía,
Jocelyn propició, bajo la umbría
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
Al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,
Amé a Cervantes. Sensación más ruda
Busqué luego en Balzac... y hoy, cosa extraña,
Vuelvo a Ferrault, me reconcentro, y río...

Varona, más que reír, sonrió amarga, irónicamente, en sus Eslabones que, cual gotas preciosas de su poderosa mente, rezuma, deja caer, lentamente, en las postreras páginas de su rica y valiosísima producción literaria y filosófica, magna labor que le hace ocupar un puesto distinguido en esta Avenida, digna de su nombre y fama, entre sus ilustres maestros y predecesores: Félix Varela, José de la Luz Caballero y José Antonio Saco, quienes, en unión de Martí, constituyen la cumbre del pensamiento cubano.

He dicho.